

**ACADEMIA NACIONAL
DE CIENCIAS MORALES
Y POLÍTICAS**

**EL LOBO Y EL HOMBRE.
CONFLICTOS Y ARMONÍAS**

Horacio Sanguinetti



**BUENOS AIRES
2006**

**EL LOBO Y EL HOMBRE.
CONFLICTOS Y ARMONÍAS**

*Comunicación del académico Horacio Sanguinetti
en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 28 de junio de 2006*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

Fotografía de portada de Marcos Chamudes

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@infovia.com.ar

Se terminó de imprimir en Talleres Gráficos de Roberto Peiró
Solís 2116 - Capital Federal en el mes de mayo de 2006.

JUNTA DIRECTIVA 2005 / 2006

<i>Presidente</i>	Académico Gregorio Badeni
<i>Vicepresidente</i>	Académico Alberto Rodríguez Varela
<i>Secretario</i>	Académico Hugo O. M. Obiglio
<i>Tesorero</i>	Académico Jorge Emilio Gallardo
<i>Prosecretario</i>	Académico Isidoro J. Ruiz Moreno
<i>Protesorero</i>	Académico Horacio Sanguinetti

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA .	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE .	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Pedro J. FRÍAS	10-12-80	Estanislao Zeballos
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA . .	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Ezequiel GALLO	10-07-85	Vicente López y Planes
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Carlos María BIDEGAIN	25-06-86	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Carlos A. FLORIA	22-04-87	Adolfo Bioy
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA .	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Félix LUNA	23-04-97	Roque Sáenz Peña
Dr. Víctor MASSUH	23-04-97	Domingo F. Sarmiento
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU	28-04-99	José de San Martín
Dr. Adolfo Edgardo BUSCAGLIA	10-11-99	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. Bartolomé de VEDIA	27-11-02	Carlos Pellegrini
Dr. Carlos Manuel MUÑIZ	24-09-03	Nicolás Matienzo
Dr. Miguel M. PADILLA	24-09-03	Bartolomé Mitre
Sr. Jorge Emilio GALLARDO	14-04-04	Antonio Bermejo
Dr. René BALESTRA	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS . .	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA	14-09-05	Deán Gregorio Funes

EL LOBO Y EL HOMBRE: CONFLICTOS Y ARMONÍAS

Por el académico DR. HORACIO SANGUINETTI

El lobo fascinó al hombre desde antiguo. Presente siempre en los lugares donde surgieron las mayores culturas primitivas –fundamentalmente en toda Eurasia–, aparece vinculado, como potencia maléfica, a las primeras manifestaciones artísticas. La conducta lobuna es buena guía para antropólogos y afines que tratan de ordenar las circunstancias de la humana condición. La horda primitiva, se presume, en algún momento, tuvo características sociales semejantes a las de varias manadas de animales, manadas que hoy subsisten, como ciertos monos, los leones y los lobos. De modo que el estudio de éstas puede servir de referencia para pautar a nuestras familias originarias, por la similitud de alimentación, hábitos gregarios, selección de jefaturas, etc.

Aunque el lobo aparecía en Europa como un émulo odioso, lentamente, una alianza se fue constituyendo: y algunos lobos se convirtieron en perros, transigieron con ese mono desnudo al cual todavía sirven, al precio de la protección y relación afectiva –es cierto–, pero también de la sumisión.

Para el cazador, el lobo no era presa comestible, sí rival y amenaza. Para el pastor, era el enemigo por definición. La pre-

ferencia lobuna por el ganado doméstico crea una antinomia que todavía tiene vigencia: lobo-cordero, significa victimario y víctima, brutalidad y ternura, mal y bien.

Así lo reciben los viejos libros: Isaías (65-25) considera la mayor ventura que “el lobo y el cordero apacientan juntos”. Homero acude con frecuencia, para describir los combates, al encuentro entre lobos y pastores; y antes del supremo enfrentamiento, cuando Héctor propone a Aquiles que el vencedor respete el cadáver del vencido, el brutal aqueo rechaza la propuesta, porque entre ellos no caben pactos “como no caben entre lobos y corderos”.

Los árabes denominaron “lobo” a una constelación descubierta por Tolomeo, vecina del Escorpión y del Centauro.

A su vez, los griegos llamaron Licópolis a una ciudad egipcia donde honraban al lobo pues Osiris había asumido su forma, pero quizá los egipcios lo confundían con el chacal, por más que el radio geográfico de ambos era mayor entonces, y en Abisinia existe un lobo pequeño.

Señala Plinio, con cierto asombro, la ausencia de lobos en el monte Olimpo de Macedonia, y en Creta (VIII.83.58). Otros autores atribuirán esa falta de fieras –incluso osos y zorros– a la intervención de Zeus, nacido en Creta y huésped del Olimpo.

Esopo, ubicado alrededor del siglo V a C., aunque, como en el caso de Homero, existan dudas acerca de su real existencia, es el presunto autor de numerosas fábulas, donde el lobo aparece como frecuente protagonista y por lo general encarna la crueldad y la estupidez, como el zorro encarna la astucia, el burro la torpeza, el león –entonces subsistente en Europa oriental–, la nobleza, etc. El origen de esas fábulas remonta a Egipto y Arabia. Y son clásicas.

En lo sustancial, Fedro, La Fontaine, Iriarte, Samaniego –y hasta fabulistas circunstanciales como Lope de Vega o Antonio de

Trueba-, las transvasaron al latín, francés o castellano, agregando detalles de ingenio y algunas variaciones afortunadas.

Entre los casos en que Esopo presenta al lobo, recordaremos a algunos de los más famosos, a saber:

- El lobo y el cordero beben del río y aquél le imputa enturbiar el líquido. Aunque el cordero está aguas abajo, y la pretensión del lobo es absurda, igualmente lo devora. El fuerte siempre tiene razón.
- El lobo con un hueso atragantado, recurre a la destreza quirúrgica de la cigüeña, que luego reclama su honorario. Pero el lobo entiende que basta conservar la vida. No hay que comerciar con lobos.
- Los lobos amigos acuden a interesarse por la salud del asno enfermo, aún no tan grave como ellos desean...

En estos pleitos, el lobo aparece despótico, ingrato, rapaz. Contadas veces Esopo es magnánimo con nuestro héroe; así, cuando valora a la fiera menesterosa pero libre más que al perro gordo y esclavo, o cuando un cabrito, seguro sobre su roca escarpada, desafía e insulta. “Miserable –reflexiona el lobo–, sólo eres fuerte cuando te sientes seguro”. Aun a veces lo presenta como ejecutor de castigo justo: el pastor mentiroso que alarmaba por diversión; o al asno que en vano pide socorro a un hambriento perro poco después de negarle su ración.

La mitología griega y romana alude con frecuencia al lobo, símbolo de Ares-Marte, dios de la guerra y la devastación. Lo fue también de Apolo Licóctono, e incluso de Zeus. En Arcadia abundaban los osos (de ahí el nombre, *arctos*, *oso*) y los lobos. Licaón, rey de Parrasia, Arcadia, fue el fundador mítico de la ciudad de Licosura y del culto a Zeus Licaeo, al que ofrecía sacrificios humanos. Allí comenzó también la leyenda del hombre lobo, transformado ya por su voluntad o como castigo. A causa de su impie-

dad, Licaón¹ y sus hijos fueron trocados en lobos por Zeus, aunque Anderson Imbert interpreta que con ello no los castigó, sino dio adecuada configuración a su ser violento y bestial. Esta metamorfosis, que relata Ovidio (I: 209), es el “leading-case” de licantropía (*licos, lobo; antropos, hombre*).

La mitología griega contienen otra “jurisprudencia” explícita de metamorfosis lobuna por castigo... o precaución. Poseidón, enamorado de Teofanía, la llevó consigo a la isla Crimisa, adonde les siguieron numerosos pretendientes. Pero él los volvió lobos: a Teofanía oveja, y él mismo, carnero padre. De esa unión nació el cordero del Vellocino de oro.

En verdad, algunos sacerdotes y guerreros se revestían con pieles de lobos para adquirir su vigor, tal como los *lupercos* de Roma. Y, en *La Ilíada*, Dolón viste aquella piel para espiar el campamento griego, pese a lo cual es descubierto y asesinado.

Pero existen otros antecedentes. Plinio el viejo señala que según “Evanthes, escritor griego con cierta autoridad”, un tal Anthus cruzó un río a nado, se mudó en lobo y vivió entre ellos nueve años. Luego retomó forma humana, pero había envejecido sus nueve años. También “Scopas, relator olímpico”, habría referido de un púgil que, tras devorar las entrañas a un niño en el templo de Zeus, Licaeo, se transformó en lobo. Al cabo de diez años, asimismo recobró su humanidad, todavía en condiciones para entrenarse y ganar el campeonato. Convengamos que diez años es mucho para un púgil, por lobo que sea. De verdad, Plinio se burla de estas leyendas, que atribuye a la mendacidad o “credulidad griega” (VII.34.22). También desmiente otras, corrientes en Italia, como que la vista del lobo enmudece a las personas. Pero ésa no es de reír, pues el miedo hace lo suyo. De ahí el refrán “ya está el lobo en la reunión”, cuando se aproxima aquél a quien un grupo critica, y todos callan. Esto lo confirma Platón, y también

¹ Licaón se llama hoy al perro pinto de Sudáfrica (*lycaon pictus*).

Teócrito, tras permanentes alusiones al lobo que culminan en el *Idilio* de Cinisca, cuyo galán se llama, precisamente, Lobo, y por cierto arrebató su cordera...

Plinio repite, con beneficio de inventario, otras presuntas características del animal: que hambriento, come tierra; que su visión a diestra es buen augurio; que el celo dura sólo doce días. También menciona al lobo cervical (¿lince?), traído de Galias para los juegos de Pompeyo el Grande.

La expresión “licántropo” tenía sentido agravante. Según Aristófanes, toda capacidad de metamorfosis equivale a un carácter acomodaticio; lo que hoy decimos “camaleón”.

Virgilio cuenta en *Bucólicas*, de pasada y como algo natural, que Meris se transformaba con frecuencia “en terrible lobo”. También Petronio (*Satiricón*, 62), narra por boca de Nicero cómo un soldado se desnudó, dejó sus ropas hechas piedra y bien resguardadas con un círculo de orina, convirtiéndose en lobo y salió dando aullidos. Cuando Nicero llega a casa de Melisa, le cuentan que un enorme lobo había muerto a varios corderos, huyendo herido. El narrador regresa tembloroso, y halla al soldado en cama, sangrando profusamente.

Los pastores de Apuleyo (*El asno de oro*, VIII.2) tienen tanto miedo a los “infinitos lobos, grandes, feroces y muy bravos, acostumbrados a devorar al nocturno caminante”, que marchan con gran bulla. Lobos no vieron ninguno, ni de cerca ni de lejos, pero los vecinos, asustados por el escándalo, los tomaron por ladrones y los molieron a palos.

En toda la literatura latina hallamos referencias constantes a *lupus*. En *La Eneida* son mayores aun que en *La Ilíada*: Turno semeja un lobo (IX); Arrunte semeja un lobo (XI), etc. Y es que Roma misma emparentaba con lobuna estirpe. Rómulo y Remo, hijos sacrílegos de Rea Silvia y Marte, fueron abandonados a las crecidas del Tíber. Pero el dios fluvial Tibertino “encauzó las

aguas –asegura Floro, (*Hazañas I*)–, y una loba, abandonando sus cachorros, siguió el vagido de los niños, los amamantó y desempeñó para con ellos las funciones de madre”. Eso fue al pie del monte Palatino.

La Edad Media

Después, el lobo entra en un cono de sombra. La Edad Media, con sus pestes, sus terrores, sus perjuicios, ve en él un personero demoníaco². Allí se afirma, perentoria, su leyenda negra.

Si Licaón era el primer licántropo, y la autoridad de Plinio el Viejo no había destruido su mito, es ahora cuando la creencia se institucionaliza en un contexto arrasador e irresistible.

Las buenas gentes creían en brujas, ondinas y salamandras. ¿Qué de extraordinario sería entonces suponer que algunos se transformasen en lobos y cometieran, las noches de luna, toda suerte de atropellos? Ellos mismos aceptaban esta tesis. El delirio zooantrópico presentaba un cuadro clínico ya definido en tiempos pasados, incluyendo dromomanía y estupro.

Además el lobo era agente activo de hidrofobia. Muchas personas, aun ligeramente mordidas, a poco se alteraban, enfurecían, echaban espumarajos por la boca. Se habían vuelto lobos...

Y no nos extrañemos: la metamorfosis animal convence a los africanos, a los pieles rojas, a nuestros criollos, temerosos de capianguos, uturuncus, mulánimas, lobizones...

² El siniestro humor de Bierce apunta que unos campesinos bávaros en tiempos de la Reforma, capturaron un lobo vivo y lo ataron por la cola. A la mañana siguiente, no estaba. Consultado el párroco, afirmó que sería licántropo. "La próxima vez que atrapéis un lobo –aconsejó–, atad-lo por la pata, y a la mañana siguiente hallaréis un luterano".

Abundantes en todas partes, cuando apretaba el frío y la caza se reducía, manadas de lobos recorrían campos y aldeas devastadas por pestes y guerras; devoraban carroñas, ganado, niños, mujeres y quizá hombres vigorosos. Uno solo no sería de temer –Rousseau estaba seguro de que huía del “buen salvaje”–, pero sus hábitos gregarios lo hacían terrorífico. A veces eran atrapados, juzgados y ahorcados.

En la *Gesta Romanorum*, obra medieval referida a hechos de los romanos, se habla del monarca que domó la enemistad de dos galgos, enfrentándolos a un lobo. El enemigo de mi enemigo es amigo mío...

Presencia del lobo; aquí y allá

En rigor, las referencias al lobo son permanentes en la fable popular.

Infinitos los dichos, refranes y consejas que lo invocan: “entre lobos no se muerden” o “lobos de una camada” se llama a los compinches; “comer como un lobo” es devorar en exceso; “comprar, o esperar del lobo carne”, aguardar lo imposible; “del lobo un pelo y ése de la frente”, aceptar del mezquino lo que dé; “tener al lobo por las orejas”, estar en situación comprometida; “el lobo está en la conseja”, llegó aquél de quien se murmura; “entre lobo y can”, ni una cosa ni otra; “el lobo y la vulpeja, ambos de una conseja”, o “quien con lobos anda, a aullar se enseña”, critica las malas juntas; “hay lobos”, existe riesgo; “muda el lobo dientes y no mientes”, se persiste en la maldad...

Palabras de botánica como lúpulo, licopodio o ahuyentalobos; de medicina, como lobanillo o lobado; de zoología como lobo marino (foca) o pez-lobo (róbalo); de uso común: lobo de mar,

navegante experto y loba, lomo de tierra no removida por el arado. Lobo es también garfio, locha, máquina de escardar, ladrón, borracho; lobatón, el que roba ovejas: lobera, monte y también puerta angosta: lobear es acechar; lobería o loboso, el bosque donde hay lobos; lobero, el cazador profesional; lupanar es prostíbulo, y lupara un arma de fuego para cazar lobos, etc.

Muchas ciudades recuerdan las correrías luperas: Villalobos, Villalobar, Villalobón, Liconia, Licópolis, Wolfsburg, Wolverton, Woomer, etc.

Apelativos muy comunes, de todos los idiomas, lo están nombrando. Más de un comerciante minorista, apellidado Ochoa, ha de ignorar que ese patronímico significa en vasco, literalmente *el lobo*. Y López proviene de Lope, Lupo.

O bien: ¿cuántos Rodolfos saben que en germano equivalen a lobo famoso? Adolfo es lobo noble; Wolfgang, huella de lobo; Wulfila, lobezno; Beltrán, lobo fuerte; Guadalupe, agua del lobo. ¿Cuántos juristas ignoran que se decía *Licurgo* a quien ahuyentaba a los lobos?... O acaso al legislar, no se ahuyenta al mal, al lobo...

El lobo ha estimulado diversas artes. La escultura ofrece la famosa loba romana –símbolo de la ciudad, como el oso lo es de Berna, Berlín y Madrid–, también recogida por la numismática. Pintores como A. Philippon, F. Grenier, Gustave Doré, Jean Baptiste Oudry, Maurice Sand, J. Laurens, Stradamus, François Esquisse de Desportes, Emanuel-Joseph Lauret, Jean Claude Thabault, E. Legrand, lo han retratado, generalmente, en crueles escenas de caza. La heráldica lo presenta *paseante* o *escorchado*, color de gules. La filatelia, desde Mongolia y Polonia hasta España, le tiene presente.

Musicalmente se lo ha evocado varias veces, pero “Pedro y el lobo” de Prokofieff, es sin disputa, la partitura más popular. Sólo que hace poco, Clinton, Sofía Loren y Gorbachof grabaron la obra, pero ¡relatada desde el punto de vista del lobo!

La literatura de ciencia ficción ya cazó a licos, como des-
punta Clifford Simak en *El proyecto del Hombre lobo*.

El lobo en el cine

El cinematógrafo recurrió con frecuencia al lobo. Villano en muchos dibujos animados, inspiró una de las primeras “sinfonías tontas” de Walt Disney, sobre base del viejo cuento adaptado por los Grimm, *El lobo y los tres chanchitos*. Verdadera glorificación de la moral burguesa a lo Franklin, ahorro, trabajo y previsión salvarán al chanchito práctico, mientras sus hermanos, vagos y bohemios, son devorados:

“¿Quién le teme al Lobo Feroz,
Lobo Feroz, Lobo Feroz?...”

Obtuvo tal popularidad, que no sólo dio a Disney materia para una línea permanente de historietas incruentas –con el lobo siempre urdiendo inútiles astucias, severamente amonestado por su hijo, el lobito bueno, amigo y procurador de los chanchitos–, sino que hasta enlaza con el drama de los aquellos desdichados intelectuales de provincia, en la pieza de Edward Albee “¿Quién le teme a Virginia Wolf?” (*Wolf-lobo*).

Paralelamente, Licos tiene su puesto en el cine de terror. Drácula, entre otras dudosas virtudes, puede metamorfosearse en lobo. Ambos viven en Transilvania...

El origen cinematográfico del Hombre lobo remonta a 1913, cuando Henry Mc. Rae filmó la versión navaja de la leyenda. El caso es el mismo, ya se lo llame garou, galoup, lobizón... Desde en-

tonces –y más exactamente desde 1941, cuando Lon Chaney jr. asumió por vez primera el papel en *The Wolf Man*–, es personaje infaltable en no menos de veinte películas. Y hasta Michele Pfeiffer llegó a ser una gentil lobita.

Inmortal, el Werewolf sólo puede ser destruido –no muerto– por una bala u objeto de plata bendita. Su mordedura transmite tan extraña enfermedad. De algún modo –igual que Drácula–, renace tras cada “fallecimiento”. Pero Laurence Talbot, el personaje de Chaney, resulta un monstruo especial: en condiciones normales es bueno, se odia a sí mismo, teme la influencia sobrenatural de la luna, lucha sin eficacia contra ella. Dios se apiada de su alma, si la tiene.

Algunas novelas, cuentos, películas, aluden al lobo, pero sólo, diríamos hoy, *virtualmente*.

Puede que sólo refieran a una situación –*La hora del lobo*, es decir, la madrugada, cuando el carnicero regresa a su cubil, film de Bergmann–, o a algún hombre, mujer o familia de mala fama. *El lobo estepario* de Hesse, apunta a la tragedia común del abandono y la soledad. Hesse es allí un poco autobiográfico. Esta identificación con el lobo, el desterrado, el eterno perseguido, se da quizá en Rousseau (acusado de licantropía); más claramente en Malcolm Loewry; y hasta el delirio, en un “raro”, cuyo nombre de guerra era “Champavert, le licantrope”.

Nilutin Chilvlar Nehaje bautiza *Vuci (Los lobos)*, a sus héroes croatas, que defienden la tierra con dientes y uñas.

Lo mismo pasa con *La lupa* de Giovanni Verga, cuyas versiones de drama y cuento datan de 1896. *La loba* del título es el sobrenombre de una mujer bravía. Verga también bocetó otro drama, donde *La caccia al lupo* es un pretexto para desencadenar celos y pasiones. También en teatro, Guimerá centró sus famosas *Tierras bajas* en el símil lobo-señor feudal; ambos amos de hor-

ca y colmillo, dueños de honra y hacienda, de vida y muerte. Este drama fecundó la ópera *Tiefland*, de Eugen D'Albert.

Y en *Romance de lobos*, Valle Inclán quiere subrayar la atroz relación del vinculero Montenegro y sus numerosos hijos. Aunque sigue la corriente, y tampoco se le podrían exigir conocimientos zoológicos al gran escritor gallego, por ahí reconoce que “los lobos en el monte tienen mayor hermandad” que sus personajes; lo que es verdad rigurosa.

Literatura lobuna

La literatura *lobuna* invade los mayores monumentos estéticos. En medio del camino de la vida, Dante se sintió acosado por tres feroces carnívoros: la lúbrica pantera, el arrogante león y una loba famélica:

*“Questa mi porse tanto di gravezza
con la paura ch’uscia di sua vista
ch’io perdei la speranza de l’altezza”.*

Complacientes intérpretes entienden que la loba es, para Dante, símbolo de avaricia, y puede serlo por su flacura y avidez. Resulta la fiera que más teme, la que lo arrastra a la tiniebla. ¿No habrá allí sin embargo, una vertiente política, no será Roma, la clave de esta loba?

Cuando acude a socorrerlo Virgilio –que algo también habló del lobo, y en *Las Geórgicas* recomendó a los campesinos escoger perros espartanos o molosos, pues “nunquam custodibus illis/nocturnum stabuliis furem, incursusque luporum”, el con-

ductor, señor y maestro profetiza el advenimiento de un lebrél que aniquilará al monstruo dañino. El lebrél sería Ugoccione della Faggiola, o algún otro caudillo gibelino.

Ingleses y lobos

La fiereza del lobo trasciende ya a la política. “Homo hominis lupus” afirma Hobbes, –repitiendo a Plauto– y sabría mucho de los hombres –el ser más feroz de la creación–, pero poca zoología.

En tiempos de Shakespeare ya el lobo había sido exterminado en Inglaterra, exterminio que inspira un poema de Borges. Sin embargo, el horror supremo va todavía ligado a su nombre: las brujas utilizan sus colmillos pulverizados para espantosos brebajes; Macbeth, en el momento de decidir su crimen, invoca al asesino, “alarum’d by his sentinel, the wolf”.

También los lobos acosan a Robinson Crusoe, cuando a su regreso, cruza los Pirineos.

Rudyard Kipling, como buen experto en la India, donde el lobo campea aún, conoce el paño, y en su glorioso *Libro de la jungla* derrocha fuerza vital, talento, poesía.

Claro que Kipling tenía mentalidad colonialista, y puede entenderse que Mowgli, hombre entre los animales, los domina por su sabiduría, su capacidad, sus adelantos técnicos –el cuchillo y sobre todo el fuego, la temida “flor roja”–, como los ingleses dominaron la India. En este esquema, los “buenos” de la historia: Bagheera la pantera, los padres lobos y hermanos grises, serían cipayos. Baloo, el oso jurista, un intelectual “vendido al extranjero”. Hasta Kaa, la pitón, aunque ofrece reticencias iniciales, al fin capitula ante la seducción del cachorro humano.

Y en cambio, el tigre vencido, Shere Khan, presentado como un fanfarrón cobarde, es el héroe nacional a contrapelo. Su ansiedad parece muy lógica: “¿Qué tiene que hacer aquí un cachorro humano?”. Cuando mediante técnicas subversivas logra que la manada de lobos, antes unida en república oligárquica bajo la jefatura formal de Akela –un procónsul lobuno, de pelaje plateado, sostenido por Mowgli–, se rebele y proclame la insurrección, Mowgli los reprime con el fuego, y los dispersa en plena histeria reaccionaria: “¿Queríais la libertad? ¡Coméosla, oh lobos!”.

La imagen es clara y el símil resulta tentador. Empero, el tema asume otras implicancias. Mowgli encarna una doble personalidad, o acaso ninguna en definitiva: expulsado de todas partes, hombre entre lobos y lobo entre hombres, comienza su drama individual de desarraigo. Mata a Shere Khan, el agitador profesional. Pero al momento, comprende la suprema maldad del ser humano. La aldea lo rechaza. Entonces, él lanza la selva encima, y la destruye. Reorganiza la manada, contiene el avance de los dôle, bárbaros perros rojos que vienen del Oriente degollando. Pero al fin, cederá a las exigencias de su naturaleza. Es hombre y regresa a la “civilización”. La asume con su bien y su mal. Y en un capítulo final que siempre –en cada relectura–, emociona hasta las lágrimas, el hombre vuelve al hombre, y los envejecidos animales que tanto lo amaron, ven alejarse al intruso, comprendiendo, en medio de su duelo, que así debe ser. La selva queda en paz. Eso sí, Mowgli podrá volver cuantas veces quiera, para ver a sus amigos. Se ha constituido el Commonwealth.

En Alemania, se destacan los relatos del Barón de Münchhausen, durante su viaje a Rusia. Las fanfarronadas del Barón, play-boy anticipado, son las de todos los bravucones, llevados al absurdo, sin mayor gracia, pero con el encanto ingenuo y arcaico de un tiempo que no volverá. Vendrá después, estremecedor, *El lobo*, cuento de Hermann Hesse, pleno de piedad e indignación por el trato dado al animal.

En el siglo XX, todavía Hans Beuden publicó *Lobos y palomas*, donde destaca el relato *Vuelven los lobos*, que describe el retorno masivo de una manada interminable, “olfateando la paz”, hermanando a los hombres.

Rusia y Estados Unidos

España y Rusia son países con muchas características comunes. El sistema feudal imperante en ellos durante más siglos que en el resto de Europa, lleva a que sus prejuicios –y sus lobos–, también se parezcan. Ocurre además que son los países europeos donde *lupus* aún abunda. En el Norte, desprendido de sus aires mundanos y parisinos, es un ser demoníaco, antihéroe de sagas espantosas. Los lapones tienen leyendas al respecto que Axel Munthe transcribe sabiamente: “El lobo es el peor enemigo de los lapones. No se atreve a atacar un rebaño de renos, pero permanece parado esperando que el viento les lleve su olor. En cuanto los renos huelen al lobo, se dispersan de miedo. Entonces se acerca el lobo y los mata uno a uno, llegando a matar doce en una noche. Dios creó todos los animales excepto el lobo, que fue creado por el demonio. Si un hombre tiene en su conciencia la sangre de otro hombre y no confiesa su delito, el diablo suele transformarlo en lobo. El lobo puede adormecer a los lapones que guardan los rebaños durante la noche, con sólo mirarlos a través de la oscuridad con sus ojos encendidos. A un lobo no se lo puede matar con una bala corriente si no se la ha tenido en el bolsillo, en la Iglesia, durante dos domingos” (*Historia de San Michele*, 7, que contiene también el fiero y poético sueño del niño-lobo).

En Rusia, cuentos populares y algunos fabulistas como Krilov –*El lobo y el gato; El lobo y su hijo*–, o Afanasiev –*Ivan Zarevich y Lobo Gris*–, agregaron algo a Esopo. Toda la literatura rusa, hasta Pasternak, menciónale constantemente, por lo gene-

ral como causa de miedo sobrenatural. Así, esta cita accidental del *Sacka Yegulev* de Andreiev, refleja con rara concisión la crisis de una banda de románticos bandidos tenebrosos, cuando ya se ven cercados en un precario refugio selvático: “El marinero era muy desgraciado en aquellos últimos tiempos. Hasta imaginó que su albergue estaba cercado por lobos en acecho. Cierto que en los alrededores se oían ya tímidos aullidos de lobos preparándose para el invierno: a veces llegaban a atacar a las vacas y corderos; pero aún no se atrevían a acercarse a los hombres. Sin embargo, el marinero les tenía un miedo atroz, como nunca lo había sentido. Se ocultaba, sin atreverse a confesarlo; el bosque le causaba una gran inquietud, y no se alejaba del albergue ni en pleno día. Cuando caía la noche, su corazón se estrujaba en mortal angustia. A la mañana siguiente, quedaba muy sorprendido al saber que nadie, excepto él, había oído a los lobos.”

El propio Stalin, en sus cruciales entrevistas con Churchill, ya en plena guerra, distraídamente dibujaba –como un resabio de su niñez caucasiana–, lobos espantosos sobre fondo rojo.

Y así llegamos al lobo norteamericano – *Mascota* de la Universidad de North Carolina–, que como el ruso, recorre anhelante selvas heladas, en Canadá y Estados Unidos. Pero en él no hay nada sobrenatural. Es práctico, activo, sabio, lo que diríamos un “self-made wolf”. Un profesional de la violencia. Un eficiente gangster. Inspira terror, pero terror “natural”, despoblado de fantasmas y metamorfosis; el simple y concreto terror a la muerte.

Jack London nos brinda admirable material para esta imagen positivista: Colmillo Blanco es un famoso héroe lobuno capaz de integrarse, por fin, a la civilización norteamericana. Un lobo que se hace perro, así como *El llamado de la selva* es la historia de un perro que se hace lobo, que obedece al fin el ordenamiento ancestral, rompe con los hombres y se convierte en el demonio de un valle escondido. Es decir, un ir y venir, un ser y dejar de ser alternativo, según “los motivos del lobo”.

El lobo Ibérico

En *Persiles y Segismunda*, Cervantes presenta una isla poblada de licántropos, pero es curioso no hallar nada valdedero en *El Quijote*, que además de la aventura de los leones, contiene la caza de una liebre y un jabalí, alusiones a la muerte del rey godo Favila por un oso, y hasta un precoz alegato de Sancho a favor de lo que hoy llamaríamos la conservación de las especies, cuando señala la sinrazón de la caza que pone a los hombres en “semejantes peligros, pues consiste en matar a un animal que no ha cometido delito alguno” (2,34).

Sólo el incidente del asno muerto por los lobos, mientras dos patanes se llaman a rebusnos entre sí, merece mención (cap. 25 de la 2ª parte; igualmente cap. 33, etc.).

Los Machado usaron la imagen del lobo para dar notas aisladas de sorprendente fuerza descriptiva. Antonio, por ejemplo, confía a los lobos el castigo a los parricidas de Alvargonzález, y allí mismo se refiere a las “tierras pobres, tierras tristes. /Tan tristes que tienen alma./ Páramo que cruza el lobo/ aullando a la luna clara”. O si no: “Desnuda está la tierra/ y el alma aúlla al horizonte pálido/ como loba famélica. ¿Qué buscas/ poeta, en el ocaso?”

Y por fin, Rafael Alberti, al volver sobre el tema, alumbra en síntesis perfecta su dolor por el atropello a la inocencia:

“Mi corza, buen amigo/ mi corza blanca/ los lobos la mataron/
al pie del agua./ Los lobos, buen amigo,/ que huyeron por el río,
/ los lobos la mataron/ dentro del agua.”

Entre los poetas americanos modernos, abordaron el tema: José Santos Chocano (*Fuga en la estepa*); Juana de Ibarbourou (*La loba*, en sus *Nanas de Natacha*: “la loba, la loba/ vendrá por aquí,/ si esta niña mía/ no quiere dormir”); Alfonsina, que se identificó con la loba que “rompió contra el rebaño”; Gustavo Soler

(en una hermosísima *Loba herida*), Susana Calandrelli, Ezequiel Martínez Estrada. Hasta Lugones definió a “los lobos de agudos rostros judiciales” (*Himno a la luna*). Y todavía tenemos el delicioso disparate de María Elena Walsh:

“Un lobo en la ciudad de Lobería/ entró en la heladería/ a pedir un helado/ de pollito guisado./ Por suerte, le dijeron que no había.”

No nos asombremos del motivo foráneo, pero universal. Aquí hemos habido muchos “lobos” hasta en el sindicalismo y en el fútbol.

Pero el poema lobuno más famoso de lengua castellana es *Los motivos del lobo*, de Rubén Darío. La línea argumental sigue fielmente una de las cándidas “florecillas” de San Francisco de Asís: Capítulo XX, *Come sancto Francesco liberó la citta d’aghobbio da uno fiero lupo*. El principio es el de siempre: un lobo terrible siembra muerte y terror en los alrededores de Gubbio, al punto que “niuno era ardito d’iscire della terra”. Entonces San Francisco encara al bruto y lo apostrofa: “Frate lupo, tu fai molti danni in queste parti, guastando et uccidendo le criature di Dio; sança sua licentia: et non solamente le bestie, ma ai avuto ardimiento d’uccidere et di guastare gli uomini, facti a la imagine di Dio: per la cual cosa tu se’degno delle forche come ladro et omicida pessimo; e ogni gente grida et mormora di te”. Empero, el santo comprende que el hambre forzó al lobo a cazar sin licencia (de Dios, en este caso), y le perdona la horca –que entonces se aplicaba a los animales, previo juicio y todo–. Ofrece un pacto: la fiera tendrá qué comer, y no matará más. El descarriado hace gestos de sumisión, y tras una vida ejemplar, fallece de vejez en el claustro.

Aquí es donde, notoriamente, Rubén abandonó el modelo. En su poema ocurre que el lobo, tras larga convivencia con los humanos, advierte en éstos la infamia, la mentira, la “mala levadura”, y se siente “lobo malo de repente/ mas siempre mejor que

esta mala gente”. Vuelve al monte y al crimen. San Francisco, que va a reprenderlo, comprende entonces los motivos del lobo. No insiste, y parte “con lágrimas y con desconsuelos”, rogando a Dios por sus miserables hermanos.

Señalemos asimismo que la brutalidad del español medio se ensaña con los animales, y en especial el lobo, suma presunta de maldades.

Al labriego de Iriarte no le importan los bienes que el lobo produzca:

*“Perverso animal, –lo apostrofa–,
maldígate el cielo, maldígate amén.
Después que estás harto de hacer tanto mal,
¿qué importa que puedas hacer algún bien?!”*

Y concluye el fabulista:

*“Al diablo los doy
tantos libros-lobos como corren hoy.”*

Esta actitud de negación total, también aflora en *Ramonín*, capítulo cumbre de *La novela de un novelista*, de Armando Palacios Valdés. La crueldad con que el aldeano asesina a su lobo suplicante, despertaría sin duda las iras de los ambientalistas, quienes dirían que Ramonín sólo apareció entre los lobos salvajes por curiosidad, sin ánimo de atacar en serio. El miedo terrible del relator, sus cortas entendederas y las leyendas siniestras que lo habrá condicionado desde niño, hicieron el resto.

En *Dientes, pólvora, febrero*, Rafael Sánchez Ferlosio, autor accidentalmente romano, pero bien español en su estilo, atisba casi sin línea argumental, las reacciones de los campesinos reunidos en torno a una loba muerta en una batida. Brutos, primarios, sin asomo de piedad, sus actitudes aclaran mucho del drama hispano.

Una línea particular la forman los cuentos de licantropía. No podemos olvidar dos obras literarias maestras sobre el hombre-lobo: *Der Wehrewolf*, de Hermann Löns (1910), sutil trama misteriosa; y el drama *Libahunt*, del estonio August Kitzberg (1912), concreto en cuanto a la metamorfosis de la mujer que Mardus, el héroe del relato, ama y por fin mata en figura lobuna.

El de Sir Gilbert Campbell (*La loba blanca de Krotoskine*), situado en Lituania, medianamente escrito, vale por la tensión ascendente, de crescendo terrorífico. El de Vicente Risco (*El lobo de la gente*), con mucha gracia y mayor nivel literario, desemboca en un final regocijante, pues “Ángel y más la moza se casaron”.

El lobo en Francia

El famoso *Roman du Renart*, “novela” colectiva quizá originada en el siglo XI y recreada sin cesar hasta el siglo XIV, narra sobre todo la lucha

*“entre Renart et Ysengrin
qui moult dura et moult fut dure
des deux barons”.*

Su éxito fue tal, que el *goupin* francés (*vulpes* latino y *zorro* castellano), pasó a llamarse en lo sucesivo *renard*, como el héroe del canto. Ysengrin es allí el lobo, forzado y bruto, siempre burlado –desde el día de la Creación–, por el genio desenfadado del zorro. Hay otros animales-símbolo: Noble, el león soberano; Brun, el oso; Rakenau, la mona chismosa; Chântecler, el presuntuoso gallo; Tibert, el gato, etc.

Con tretas que hoy parecen escandalosamente burdas, Renart engaña a Ysengrin, quien siempre sale apaleado. Hasta en un duelo singular, el zorro, afeitado y lubricado, bate a su rival que no sabe por dónde tomarlo.

Esta literatura primitiva revela los sentimientos del hombre común hacia el lobo. Lo cierto es que poco enseña sobre la realidad. En la cruda lucha de la floresta, Ysengrin devora con frecuencia a Renart, pues lo dobla en fuerzas, astucia e inteligencia. Sin embargo, Renart es flexible, se acomoda a la proximidad del hombre, aprovecha despensa y gallinero, tiene porvenir asegurado. El de Ysengrin, en cambio, parece sombrío. Los prejuicios que sobre él gravitan y los destrozos que ocasionalmente hace, proporcionados a su tamaño y voracidad –ya Buffon se asombraba de ella–, lo van acorralando cada vez más en inhóspitas regiones. Desde las fiestas cinegéticas anuales de Alfredo el Grande, hasta los envenenamientos canallescos del siglo XIX, la humanidad no perdona.

Caperucita roja, es el primer cuento moderno donde el lobo es protagonista. Claro que no es un “cuento para niños”. Es un relato terrible de perfidia, violación y muerte. No hace falta recurrir a Erich Fromm para advertirlo así. Basta leer los detalles del argumento de Perrault, que ya lleva tres siglos largos y aún es best-seller. En el original no hay nada de cofias ni camiones. Tampoco llega el cazador, a practicar una cesárea, que nos devuelva a las heroínas deglutidas por el lobo. Éste se halla en cama, desnudo, igual que Caperucita, quien se maravilla de la anatomía de la presunta abuela. El villano explica que tiene brazos largos, “pour mieux t´embrasser”, y ya sabemos que en francés, “embrasser” no es exactamente abrazar filial sino eróticamente, algo como el “chapar” de nuestra lengua verde. Por fin, la bestia se arroja sobre (¡sobre!) la niña y la devora. Volviendo otra vez al descriptivo lunfardo, “se la morfa”. El cuento termina abruptamente, y la moraleja aclara, si cabe, toda duda sobre su sentido, pues advierte a las niñas el riego de los lobos...de ciudad, no del

bosque. Sólo que parecía tan fuerte, y los chicos lloraban tanto, que después debió agregarse la resurrección por mano del leñador, cazador, partero o lo que fuese. Sospechamos que los hermanos Grimm, a más de un siglo vista, fueron los responsables de la adulteración, pues idéntico final feliz dieron al *Lobo y los siete cabritos*.

Caperucita, el cuento auténtico, resulta hoy difícil de obtener, en medio de una maraña de “re-creaciones”, que lo ha deformado e idiotizado. Entre centenares de “adaptaciones” para el ciclo primario, algunas merecen empero señalarse. En prosa, la de Beatriz Guido no carece de ingenio. En verso, van desde el pedestre Francisco Villaespesa –“sólo encontraron sus zapatitos –dicen que un lobo se la comió...”–; hasta Gabriela Mistral. La ferocidad latente de Perrault ha sido trasvasada por la poetisa chilena de modo tal, que pocos versos condensan síntesis tan ominosa. Por ejemplo: “le sale al paso Maese Lobo, de ojos diabólicos”, o bien “el Lobo fabuloso de blanqueados dientes...”.

Y en fin, para terminar, no resistimos la transcripción integral del último, aterrador cuarteto:

*“Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón;
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón...”*

En verdad, cada autor presenta al lobo con variantes nacionalistas: el de Alphonse Daudet en *La cabra de Mr. Seguin*, se parece bastante al de Perrault: es discreto, cortés, nunca agrede de primera intención, se demora en destruir la belleza y la inocencia. Claro que para Daudet, en esta fantástica misiva a un poeta que vivió cuatro siglos antes, la heroína es la cabrita, que prefiere la peligrosa libertad al encierro seguro, y nuestras simpatías van hacia ella. Aunque el autor la difame por su idealismo y empecina-

miento, aunque públicamente la denuncie como un mal ejemplo, se adivina fácilmente que aplaude, a contrario sensu, todo anhelo de libertad, aunque cueste la vida, aunque “e pier lou matin lou loup la mangé.”

En Francia, la “ópera magna” de la poesía lobuna es *La mort du loup* de Alfred de Vigny, donde el suplicio de la bestia sublime, sugiere esta sentencia de resignación estoica:

“A voir ce que l'on fut sur terre et ce qu'on laisse,
Seul le silence est grand; tout le reste est faiblesse”.

El título *Las lobas de Machecoul*, novela de Dumas, alude al sobrenombre de dos hermanas vilmente calumniadas; sin embargo, contiene un vivaz relato de caza a cargo de un teniente de lobería, caza relativamente fracasada, pues sólo atrapa a un lobezno.

El lobo de Maupassant, clásico de la literatura cinegética, pondera su dosis de fantasía, pues la caída mortal del cazador que persigue a una fiera casi mítica no excede en ningún momento lo posible. En cierto modo puede vincularse a otros clásicos, como *La leyenda de San Julián el hospitalario* de Flaubert o *El monte de las ánimas* de Bécquer, pero en éstos lo sobrenatural priva ampliamente sobre lo real, amén de que los lobos son meros comprimarios.

En cuanto a Julio Verne, por ejemplo –que en *Strogoff* y en *Un drama en Livonia*, por lo menos, describe espeluznantes ataques de lobos–, yerra grotescamente cuando atribuye las costumbres y la ocasional agresividad de aquéllos, al desconfiado coyote en *El testamento de un exéntrico*, o al tímido aguará-guazú en *Los hijos del capitán Grant*.

La relación del lobo con los franceses ha sido especialmente tensa. Inclusive, dio origen a una verdadera sub-rama jurídica, que podríamos denominar “Derecho lobuno”, y ha planteado pro-

blemas sociales, económicos y hasta religiosos. El folklore y la literatura se han enriquecido con el tema de esta lucha ancestral, despiadada, llena de terrores, fantasías, leyendas y crueldades ejecutadas, para colmo, en modo “inocente”, sin verdadera conciencia de su injusticia.

Por lo menos desde el siglo V, existieron en Francia ordenanzas que establecían la obligatoriedad de cazar a los lobos, atribuyéndoles todo género de peligros y desgracias, desde la destrucción del ganado y toda clase de animales domésticos, y el ataque directo a las personas –sobre todo mujeres y niños–, hasta la propagación de la hidrofobia, y el ser causa de reticencias en la circulación por los caminos y del abandono del cultivo de los campos, sobre todo en invierno, cuando los campesinos se retraían en sus casas, temerosos de la fiera. En muchos casos, tales hazañas eran verdaderas, aunque también atribuibles a jaurías de *patous*, especie de perros *cimarrones* dispuestos a cualquier tropelía.

En 813, una capitulación estableció los *luparii*, oficiales encomendados profesional y específicamente de perseguir al temido animal.

En 1308 se otorgó el primer título de *Louvetier du Roi*³. Tenían privilegios sobre estipendios y albergue, pero según Bernard eran “más temidos que los propios lobos” y Carlos VI, en 1395, los suprimió. Debió restablecerlos nueve años más tarde. Luis XI fue más lejos: instituyó al *Grand Louvetier de France*, cuyas funciones, derechos y obligaciones regularon, en sucesivas ordenanzas, Francisco I (1520), Enrique III (1583) y Luis XIV (1686): así establecieron exigencias de un cierto número de muertes, su comprobación, y el monto de los premios, premios que Luis XVI su-

³ Seguimos estrictamente en todo este punto a Daniel Bernard: *Des loups et des hommes*, Ed. De Borée, Clermont-Ferrand, 2000, p. 60 y sigtes. Cf. Asimismo, Maurice Dupérat: *Le loup*, Artémis, Slovaquie 2005.

primió en 1785 por razones de economía, aunque mantuvo otras prebendas, inmunidades, excepciones impositivas, etc.

La Revolución alentó la caza del lobo, pero eliminó la onerosa Louveterie. En 1804, Napoleón la recreó, mudándole el nombre, tal como era su hábito, para diferenciarse del *ancien regime*. Ahora el mariscal Louis Alexandre Berthier, príncipe de Wagram y duque de Valengin, entre otras dignidades, fue el primer *Grand Veneur*. Con numerosos cambios, muchas normas de lobería –o lobicidio–, siguieron vigentes, por inercia, ¡hasta 1971!

La abundancia o retracción del número de lobos dio lugar a permanentes correcciones legales, pues siguiendo el compás de las guerras, pestes, hambrunas, etc., ellos escaseaban o proliferaban de modo notorio. En tiempos de Richelieu invadieron hasta Montmartre; y colonizando los bosques de la Isla de Francia, circulaban por París ostentosamente aun de día.

Los medios de combatirlos se fueron perfeccionando. Hasta el siglo XIX las armas de fuego eran escasas y la pólvora, cara. Se abusó de envenenamientos masivos, descartados luego porque afectaban a perros y otras bestias caseras. Las trampas presentaban diferentes diseños, siempre ingeniosos y crueles. Postergada la caza oficial, muchos particulares hicieron de la lobería un *modus vivendi*. Se sospecha que algunos mataban a los lobeznos, pero cuidando que en cada caso sobreviviera una hembra que asegurase la conservación de la especie... y del negocio.

Por fin, durante el siglo XIX los franceses decidieron terminantemente extinguir al *canis lupus*, desencadenando disposiciones legales, campañas, primas, batidas espectaculares; un éxito completo.

Claro que los lobos no son santos: sólo en Livonia, durante el invierno de 1823, mataron más de 15.000 ovejas, 4.000 bueyes y caballos, otros tantos cerdos, unas 2.100 cabras, igual número de aves, casi 1.000 perros. Y en Currumpaw, Nuevo México, el

llamado Lobo Rey devoró cerca de 3.000 reses, en seis años. Su cabeza llegó a valer 1.500 dólares del siglo XIX, tanto como la de Jesse James.

También es cierto que aterraron, cuando niño, a François Villon, influyendo en su poesía lúgubre; y aun que devoraron a personajes importantes. Probablemente, a los gironinos Péthion y Buzot, –o por lo menos, a sus cadáveres, ya extintos de frío y fatiga–, no lejos de Castillon; y con seguridad, al pretor de Cseh, Basilio Curda, que en 1888 cayó del trineo sin que su cochero detuviera la frenética huída. Hasta se afirma que se atrevieron con un regimiento napoleónico, exterminando a sus ochenta soldados, si bien a costa de grandes pérdidas. Por lo visto, eran lobos zaristas, que así contribuyeron a la trágica retirada por las estepas, de los invasores. Un cuento de Nalé Roxlo, *Las puertas del Purgatorio*, remite a ella.

Pero nunca hirieron a un famoso, como la osa que descalabró a Tolstoi, ni fueron regicidas, como el oso que destruyó a “Favila el nombrado”, aunque Luis IV de Francia, apodado “el de ultramar” murió en Reims, en 954, al caer del caballo cuando intentaba cazar un lobo: sólo Felipe IV de España ultimó más de 400 lobos, amén de 150 jabalíes, 300 venados, etc. También Theodoro Roosevelt perseguía a los grandes lobos grises por sus “ranchos” americanos...

Todavía entre 1906 y 1924, en las Galias ultimaron 737 lobos.

El último muerto de Fontainebleau –coto de caza oficial, hoy poblado de faisanes, raposos, corzos y jabalíes– lo fue en 1916.⁴

⁴ Conocer este episodio me inspiró estas letras:

"Hablo, el último lobo. Mis abuelos/ por estos lentos valles del silencio/ perseguían al uro embravecido/ en la niebla triunfal de las mañanas./ Eran los grandes dueños del destino./ Su carnívora fuerza omnipotente / ajaba la inocencia, modelaba/ la suerte del pequeño y del intruso./ Después nació a lo hondo// de un barranco furtivo. /Cautelas, precauciones. /También hubo momentos/ de lunar alegría. /Y ahora abrevio el término. Pero algo/ es más sombrío que la muerte misma:/ este final extremo de mi raza/ ni yo mismo lo asumo./Lo advierte mi enemigo./El mismo que me acosa./Yo sólo escucho las traillas próximas, / la muerte compañera, protectora." (París, 1965).

Poco después, se lo declaró oficialmente, extinto en todo el territorio.

Algún fantasmal ejemplar aislado, algún invasor solitario, algún prófugo de un encierro doméstico, despertaron enorme escándalo mediático. Pero no hacían sino excepciones menores.

Entonces, la conciencia ecologista comenzó a propagarse. Diversas reacciones, al comienzo un tanto anárquicas, se afirmaron y organizaron. Existen hoy los grupos *Lobo de Francia*, *Misión Lobo de Francia*, *Jóvenes amigos de los lobos*, *Canis lupus Foundation* y unas ochenta organizaciones internacionales conservacionistas de este gran predador que, sorprendentemente, comenzó a refluir más rápido de lo pensado. Para mejor, no fue una reintroducción artificial, debida al hombre como en Yellowstone, Texas, Louisiana y otras regiones, sino un espontáneo regreso, de animales que poco a poco, a partir de 1993, invadieron pausadamente, por los Pirineos, desde España, que contiene algo más de 1.000, pues, el franquismo quiso, vanamente, extinguirlo, y desde Italia, por los Alpes, donde quedan unos 700, éstos en condiciones más controladas, pues allí se los soporta con mayor benevolencia.

Por fin, el 11 de septiembre de 1993, Francia ratificó la Convención de Berna sobre defensa de la fauna salvaje. El lobo ya no puede ser capturado ni muerto legalmente, y el estado ha comenzado a indemnizar a los campesinos cuyas reses se vean afectadas por sus depredaciones, hasta pagar unos 170 euros por cabeza. El derecho lobuno ha dado, pues, un vuelco de 180 grados; pero no es un proceso pacífico. Aunque no hay registro de ningún ataque a seres humanos, con el lobo han retornado los antiguos escalofríos del terror y el prejuicio. Además, los productores ganaderos protestan, y hasta se reúnen, a veces, en airados piquetes.

Ocurre que en España e Italia se privilegia la producción de leche, y los animales domésticos, noche a noche, son encerrados para el ordeño matutino. Francia prefiere la de carnes, las

ovejas suelen quedar sueltas, y son tan estúpidas que en julio de 2002, un rebaño de 406 cabezas, alborotado por un par de lobos, en los Alpes Marítimos, cayó íntegro por un barranco y todas murieron. Los lobos mataron sólo a una.

De todos modos, el lobo ha vuelto a la dulce Francia, donde se los cuenta en número cada vez mayor.

Aparte de daños que causa, explicables por el principio jurídico del estado de necesidad, “licos” cumple una función necesaria en el mecanismo compensatorio de la naturaleza. Superpredador, destruye gran cantidad de jabalíes, topos, ratas y otros roedores prolíficos; facilita la selección de los herbívoros eliminando individuos enfermos y tarados; los obliga a desplazarse y cambiar pastos en vez de agotarlos, evitando pestes y degeneraciones; limpia de carroña los campos... Su importancia en el equilibrio biológico se estudia y revaloriza casi en la hora final. El “canis lupus” de Linneo comienza, tardíamente, a ser cubierto de las estupideces seudocientíficas de un Tschudi, que lo consideraba la degradación del perro, cuando en verdad resulta al revés. Si el lobo desaparece, es porque eligió la libertad.

La gran bestia del Gévaudan, que devoró al mundo

Amén de su vigor, resistencia, hermosura, los lobos merecen respeto por otras cualidades. Sabemos que son capaces de galopar 150 km en poco más de dos horas, que ningún animal compite con ellos en carreras de largo aliento, que sus garras y dentadura son formidables, que su mordida duplica en presión a la del perro, que nadan, trepan, saltan y cargan pesos superiores al propio, y algunos individuos notables, como el que cazó el portarcabuz real, Mr. Antoine de Beauterne, durante el tremendo “affaire” de la Bête du Gévaudan, pesan hasta 80 kilos.

Este caso fenomenal, una de las masacres más graves atribuidas a una fiera cebada, requiere especial referencia. Entre 1764 y 1767, un extraño animal desoló la boscosa y escarpada región del Gévaudan, en Auvernia, al sur de Francia. Sus víctimas mortales, más las heridas y mutiladas, se cuentan por centenares: ¿doscientas, cuatrocientas, mil trescientas? La leyenda ha desbordado cualquier realidad; pero ciertamente fueron años luctuosos. Las gentes, aterradas, casi no salían de sus casas. Los sembrados quedaron a la buena de Dios. La Bestia, de extraña apariencia, no conocía horario diurno ni nocturno, y circulaba *a piacere* por cualquier lugar, incluso dentro de los pueblos.

La oyeron reír y hablar bajo los balcones. Un palurdo asistió a su transformación, de hombre a fiera.

Luis XV envió a sus propios tenientes de montería, como el gran Martín Denneval y Antoine de Beauterne, y sucesivos regimientos de dragones, que contribuyeron prolijamente al desconcierto general, pues acosaban a las damas, manducaban las viandas, sorbían los vinos, jamás pagaban sus cuentas... Y la Bestia, tan campante. Se organizaron vanamente, batidas de hasta 40.000 hombres y cientos de perros. Tras dos inútiles días agotadores, la ubicua Bestia reaparecía para depredar en las antípodas, como guiada por una inteligencia humana.

El terreno anfractuoso y umbrío dificultaba toda persecución. A veces la corrieron a caballo, pero de pronto salvaba un obstáculo inverosímil con agilidad suprema. Tras uno de tales saltos sus perseguidores le oyeron decir: “No estuvo mal, para mis ochenta años”... Las balas no le penetraban. Nunca tocaba los cebos envenenados. Sus conductas eran arbitrarias y desconcertantes: escogió a un campesino para jugar, lo atacaba sin herirlo, y el otro aceptó el reto, luchaban con frecuencia, a ver quién derribaba a quién, sin ningún daño ni mala intención.

Pero podía desnudar a sus víctimas o decapitarlas con limpieza, lo que ningún lobo es capaz de hacer. Glotoneaba con la

carne de los niños, hubo alguno del cual casi no quedó qué enterrar cristianamente... apenas un pie.

El desconcertado debate alcanza a la zoología. Para muchos, la Bestia era un lobo, pero los aveurneses los conocen bien, y aunque testigos sobrevivientes señalaban ciertas coincidencias anatómicas, también existían grandes diferencias en conductas y apariencia.

Se creyó en un glotón –que algunos quedaban aún en Suiza–, en una hiena, una leona, un gorila, escapados de algún circo trashumante o de algún castillo de dudosa reputación. Pero el cadáver del monstruo, cuando al fin lo hubo, fue enviado a París morosamente y en pleno verano, de modo que Luis XV ordenó sepultar esa carroña casi sin mirarla y sin que Buffon o algún otro zólogo pudiese dictaminar.

En las batidas murieron cantidad de lobos inocentes, como el enorme que cazó Mr. Antoine de Beauterne. En cuanto a la Bestia, las balas romas y mochas de la época no la penetraban, pero por caso llegaron a aturdira y aun derribarla incidentalmente. Y una valerosa joven pudo herirla con una bayoneta. ¡Sangraba, pues, no era invulnerable! Y caería por fin.

Un viejo huraño y sombrío, Jean Chastel, con fama de brujo, concibió un redentor afecto de abuelo por cierta Marie Denty, deliciosa niña de doce años (¿como Caperucita?). Cuando la Bestia la destrozó, Chastel, rencoroso, participó en una batida, al pie del Monte Mouchet. Y al correr el animal en línea recta hacia él, lo mató fácilmente de un disparo. Era el 19 de junio de 1767, día de alivio para los crispados nervios de los franceses...

Así concluyó sus andanzas ese engendro, uno de los más letales en la historia de los devoradores de los hombres. Y se abrió paso a la leyenda, decenas de libros científicos o no tanto, novelas, obras de teatro...

El perro es creación de Dios, el lobo creación demoníaca. El Obispo de Mendé, Gabriel Florent de Choiseil-Beaupré, en

enero de 1765, ordenó plegarias públicas y se dirigió a los adultos en términos apocalípticos, exponiendo una de las explicaciones del daño que más corrió por entonces:

“Padres y madres que tenéis el dolor de ver a nuestros hijos degollados por ese monstruo que Dios ha enviado contra sus vidas, ¿no teméis haber merecido por vuestros desarreglos que Dios os golpee con plaga tan temible? Soportad que aquí os pida cuenta del modo en que los educáis, ¡qué negligencia al instruirlos o hacerlos instruir en los principios de la Religión y los deberes del Cristianismo!

“Vuestras desgracias no pueden sino venir de vuestros pecados. ¡Está allí la fuente funesta que los produce!”, etc.

Cánticos religiosos y contritas coplas populares se extendieron por todo el territorio afectado; de este macarrónico tenor:

*“Prions le Tout-Pouissant
Qu’il nous délivre des dents
De ce monstre horrible,
Et par sa sainte main
Qu’il guérisse soudain
Toutes ces pauvres créatures”.*

Además, la Bestia tuvo “cría” y otros monstruos de menor prestigio afectaron a diversas regiones: los de Cravant y de Chaigny en 1814, el de Tendre-Mosnay en 1878, pero ninguno logró superar al modelo.

Todavía en 1889, el abate Pierre Pourcher, en un libro que documenta con rigor cada ataque⁵, sostiene que la Bestia era el

⁵ Abbé Pourcher: *Histoire de la Bête du Gévaudan*, prefacio de Gérard Menatory, Laffitte Reprints, Marseille 1996.

Demonio mismo, o al menos su enviado para castigar a la región “por la supresión de la fiesta de San Severino y el abandono de la liturgia romana”. También se creyó que agentes ingleses, para desestabilizar a Francia, habían soltado al fenómeno. Una guerra psicológica y zoológica, ya que no bacteriológica.

El misterio, aún no develado totalmente, parece sin embargo iluminarse con esta tesis, expresada por Michel Louis,⁶ director del Zoológico de Amneville: Chastel y su hijo eran los dueños del animal, probablemente un perro alano, cruza de lobo, raro por su traza, su ferocidad y su adiestramiento como antropófago. Un disoluto noble de provincia, quizá el conde Jean-Francois de Morangiès, que tuvo mal fin, habría constituido con los Chastel cierta oscura sociedad sádica, con el propósito, también, de molestar a Luis XV, que ya soportaba conatos disidentes. Ellos protegían a la fiera con una coraza de grueso cuero de jabalí, que la defendía de los tiros; la apartaban de trampas y venenos, la encerraban mientras se batían valles y montañas. Reían y cuchicheaban bajo los balcones, dramatizaban alguna transformación. Cuando la Bestia, progresivamente incontrolable, atacó a Marie Denty, Jean Chastel comprendió que el juego terminaba. Se apostó oportunamente, su hijo retiró la coraza al monstruo y lo soltó, para que corriese directamente hacia su dueño. Y hacia la muerte.

Los Chastel se acercaron a la Iglesia y rectificaron sus protervas vidas sospechosas.

De tal modo concluyó la sórdida historia que perjudicó la ya desastrosa fama de los lobos. Sin embargo, se afirma que por lo menos en los últimos cien años, no se registra un solo ataque de lobos contra hombres, aunque a veces hayan devorado los ca-

⁶ Michel Louis: *La Bête du Gévaudan. L'innocence des loups*, Perrin, Saint-Amand-Montrend 1998.

dáveres que pudieran hallar. En Estados Unidos, ciervos y alces han matado a muchas personas indiscretas, que no les tuvieron cuidado.

* * *

Y ahora, cuatro palabras sobre el lobo verdadero. Sin leyenda ni literatura.

El área geográfica del lobo era extensa, abarcaba la mayor parte del hemisferio norte. Todavía se lo halla en los países que “gozan” del subdesarrollo: India, Grecia, Yugoslavia. Abunda en Turquía. La mayor densidad –más de tres mil, o sea más que en todo el resto de Europa occidental–, se registra en los Cárpatos rumanos (Transilvania), protegido y en admirable acuerdo con pastores y vecinos. Como Estados Unidos, Rusia lo ha perseguido mucho, lo que no impidió que aparecieran dos, recientemente, instalados muy cómodos por largo tiempo ¡en el Parque Gorki! Asimismo, han recolonizado Chernobyl.

En los países escandinavos, ya próximo a extinguirse, lo protegen seriamente. Su sentido de adaptación, su inteligencia enorme –comparable a la del perro, superior sin duda a la proverbial astucia del zorro–, le han permitido sobrevivir aun donde los envenenamientos masivos de fines del siglo XIX hacían presumir su extinción. Recorre los Pirineos, Alpes, Apeninos, Abruzos, Vosgos, Ardennes, quién sabe por cuánto tiempo. Aunque se hayan sostenido en España e Italia –sobre todo en el “talón” de su bota–, la presión “civilizadora” del hombre acorrala a estos hermosos carnívoros. Extinguidos hacia el 1500 en Inglaterra, donde se habla de reintroducirllos, resistieron en Escocia hasta 1743 y en Irlanda hasta 1770. En Suiza desaparecieron allá por 1872.

Los lobos tienden a la monogamia, ejercen patria potestad y adopción, son padres ejemplares, capaces de sacrificar la vida

por el núcleo familiar. Cazán en colaboración. Sus manadas están organizadas en jerarquías que no excluyen la más rigurosa democracia representativa: el jefe –a diferencia de los hombres–, es *siempre* el más apto. Las normas de comportamiento colectivo –según estudios serios realizados en el zoológico de Basilea–, regulan hasta la posición de las orejas y cola, la horripilación, etc., con que un cachorro o loba inferior debe aproximarse a los mayores. La hembra merece cortesías especiales. Los lobatos expresan su admiración orinando incontinentemente a la vista del gran macho.

Observaciones sobre lobos en la Isla Real del Lago Superior, aportaron fotos de quince o veinte atacando a un alce, su presa primordial en invierno; y el dato de que sólo abaten uno por cada doce ejemplares acosados.

La famosa y temida manada de tantas leyendas, rara vez excede el grupo familiar, engrosada por la prolífica gestación de la loba –de cinco a doce cachorros–, y por sucesivas camadas que permanecen junto a los padres varios años. Puede pasar de veinte individuos y en caso de urgencia, reunirse con otros clanes.

El aullido lobuno, como sus ojos incandescentes, aunque sólo sea un mensaje perfectamente codificado, provoca en los hombres una descarga de terror ancestral. En las noches lunares solitarias, el caminante lo escuchó, durante siglos, como un ominoso presagio mortal. A propósito, contaba Waldo Frank que, en su juventud, cabalgando por la zona rural de Estados Unidos, se perdió de sus compañeros. Atardecía, y cuando oyó voces que lo llamaban, contestó regocijado. Demoró bastante en advertir que no provenían de sus amigos, sino de lobos, y se sintió sobrecoigido por aquel reclamo salvaje que lo devolvía a la naturaleza original.

Ausentes en el sur, no son verdaderos lobos el llamado lobo de Tasmania –marsupial probablemente extinguido–, ni el categóricamente suprimido “de Malvinas”, ni el “lobo de crin” de

los chacos sudamericanos. Los auténticos, incluso el de Abisinia, resultan privilegio y reliquia del hemisferio norte.

Es de esperar –todavía hay tiempo–, que esa reliquia viva no desaparezca de la tierra.